



# DISCURSO DE GRADUACIONES

D. Alejandro Rocamora Bonilla  
Psiquiatra y antiguo Profesor  
de la Universidad Pontificia Comillas

Día 23 de mayo a las 11:30 horas

Acto de Graduación del Curso  
**2025/2026**



# DISCURSO DE GRADUACIONES

---

D. Alejandro Rocamora Bonilla  
Psiquiatra y antiguo Profesor  
de la Universidad Pontificia Comillas



## Sembradores de Esperanza: Hacia una Ética del Cuidado y la Compasión

RECTOR MAGNÍFICO,  
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,  
PROFESORES Y ALUMNOS,  
FAMILIARES, SEÑORAS Y SEÑORES.

Asumo hoy la palabra con una profunda gratitud que trasciende lo protocolario. Ser nombrado Padrino de esta promoción, que hermana los Grados y Másteres en Psicología y Trabajo Social, representa para mí no solo un honor personal, sino un reencuentro con la esencia misma de mi vocación. Como psiquiatra, soy plenamente consciente de la efervescencia emocional que inunda este recinto; un estadio de euforia legítimo y necesario tras años de disciplina y entrega. No obstante, en los próximos minutos, pretendo invitaros a una reflexión pausada, a un silencio fértil que nos permita vislumbrar el calado del compromiso que hoy contraéis con la sociedad.

### I. La memoria como cimiento del saber

Mi vínculo con esta institución, la Universidad Pontificia Comillas, no es circunstancial ni reciente. Debemos remontarnos a 1980 para hallar el origen de este hilo invisible que nos une. Durante dos décadas, tuve el privilegio de ejercer como Profesor Colaborador en la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales y también impartí clases durante varios años en Trabajo Social. Guardo en mi memoria un registro indeleble de aquellos años, marcados por un intercambio intelectual que siempre consideré más fructífero para quien enseñaba que para quien aprendía.

Permitirme rescatar una anécdota que ilustra la naturaleza imprevisible de nuestras disciplinas. Corría el año 1981. El 23 de febrero, el país se vio sacudido por un intento de quiebra democrática: el golpe de estado. Al día siguiente, en la facultad, la teoría académica se vio desbordada por la realidad histórica. La clase de psicopatología se transformó en un laboratorio vivo:

sintonizamos un viejo transistor —ese artefacto hoy arqueológico, pero entonces vital— para seguir el pulso del conflicto. Aquella fue, sin duda, la lección más vívida sobre la ansiedad colectiva, la angustia existencial y el trauma que jamás hayamos impartido. Éramos la vanguardia: la primera promoción de psicólogos de Comillas enfrentándose al síntoma social en tiempo real.

Hoy, cuarenta y cinco años después, regreso a este campus con una ilusión que no ha sido erosionada por el tiempo. Observo con orgullo que algunos de sus actuales profesores fueron, en su día, alumnos en mis clases. Esa continuidad generacional es el alma de la Universidad. Mi presencia aquí no es un adiós, sino una transición; este mismo curso he compartido seminarios sobre conducta suicida y práctica clínica en la UNINPSI y en el Master General Sanitario lo que me permite sentirme, más que un invitado, un compañero de camino que aún tiene mucho que preguntar y poco que sentenciar.

## II. La ontología del "ayudador": El profesional como sembrador

Ser Padrino conlleva la misión de iluminar el umbral que separa la vida académica del ejercicio profesional. En este acto, la unión de psicólogos y trabajadores sociales no es un accidente organizativo, sino una declaración de principios. Ambas profesiones constituyen las dos caras de una misma moneda: la del cuidado humano. Mientras el psicólogo se adentra en el laberinto del mundo interno para ayudar a recomponer el puzle de la identidad, el trabajador social expande su mirada hacia el contexto, hacia las estructuras que sostienen o asfixian al individuo. Ambos son, en esencia, "ayudadores".

Sin embargo, ¿cuál es el motor que debe impulsar esta labor? Sin duda, la esperanza. Pero no una esperanza entendida como un optimismo ingenuo o una espera pasiva, sino como una categoría ética y antropológica fundamental.

El filósofo Byung-Chul Han, recientemente galardonado con el Premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades 2025, reflexiona sobre

esto magistralmente en su obra "El espíritu de la esperanza". Han sostiene que la esperanza es la fuerza transformadora por excelencia. En un mundo dominado por el miedo —un miedo que nos recluye en un estado de supervivencia deshumanizado, que nos atomiza y anula nuestra capacidad crítica—, la esperanza surge como la única salida posible.

Debemos aspirar a lo que él denomina la "co-esperanza": una esperanza compartida que nos une y vincula y es un arma efectiva contra el pesimismo. La esperanza no es una meta, es un catalizador que posibilita la acción. Un alto gradiente de esperanza en nosotros mismos es lo que nos permitirá ver en el otro no solo una patología, sino también una posibilidad.

### III. Claves para una praxis humana y científica

Como profesionales de la ayuda, debemos despojarnos de la arrogancia del saber absoluto. No somos los poseedores de las respuestas, sino los facilitadores de las preguntas. Nuestra labor no termina en el diagnóstico; comienza cuando el usuario, a través de nuestra mediación, empieza a vislumbrar su propio camino. Para ello, propongo tres pilares fundamentales que deberían regir la práctica diaria:

#### 1. La primacía de la capacidad de cambio

Nuestra labor se asienta sobre un axioma innegable: todo ser humano posee la capacidad intrínseca de cambiar. Sin esta convicción, la intervención ante la depresión, la ansiedad o la exclusión social carecería de sentido. Como decía un viejo amigo: "somos hijos de nuestro pasado, no esclavos, pero padres de nuestro futuro". Estamos condicionados por nuestra historia, pero nunca determinados por ella. Incluso en las situaciones más extremas, el cambio es una puerta que puede abrirse desde dentro.

#### 2. La ética de la compasión y el distanciamiento amoroso

El día que os resbale el dolor de los demás tendréis que abandonar vuestra profesión. "Me dueles, luego existo", afirmaba el filósofo Carlos Díaz,

actualizando el cogito cartesiano. La identidad humana se define por la capacidad de conmoverse ante el sufrimiento del otro.

No obstante, para que nuestra actitud ante el sufrimiento del otro sea sana, debe ser equidistante. Es decir, no debemos fusionarnos con el sufriente (vivir tan intensamente su angustia que nos perturbe y nos robe la paz), pero tampoco distanciarnos tanto que no "sintamos nada" ante su sufrimiento. Entonces habríamos cosificado al otro y nosotros nos habríamos convertidos en robot, posiblemente unos robots muy profesionales, pero poco humanos. Lo adecuado, pues, en la confrontación con el sufrimiento, es un "distanciamiento amoroso": aproximarnos al otro con compasión, pero sin fusionarnos con su angustia ni tampoco tratarle como si fuera un objeto. Una actitud saludable ante la persona que sufre debe ser como una esponja, que absorbe el sufrimiento del otro, pero es capaz de expulsarla, y seguir viviendo. Es el "eros terapéutico" del que nos habló Yalom.

### 3. La singularidad frente a la categoría clínica.

No existen los "pacientes de libro". En la práctica diaria no encontraréis un trastorno límite o una situación de vulnerabilidad genérica; encontraréis a Pedro, a María, a Consuelo. El diagnóstico es una herramienta útil para la investigación y la comunicación entre profesionales, pero es insuficiente para la sanación.

En mis inicios, vivía obsesionado con las clasificaciones categoriales de la CIE. Con el tiempo, comprendí que lo verdaderamente terapéutico es la "historia de vida". Os insto a que, antes de ver un "caso clínico", veáis su biografía, un relato único que merece ser escuchado con una reverencia casi sagrada.

## IV. Gratitud y compromisos finales

Antes de concluir, es imperativo dirigir la mirada hacia las gradas. Detrás de cada uno de vosotros hay una red de apoyo: padres, hermanos, parejas y amigos que han sostenido vuestro esfuerzo. Vuestro éxito de hoy es un logro

compartido. Pido para ellos un aplauso que reconozca ese sacrificio silencioso que hoy florece en esta graduación. (Pausa para aplausos).

Como vuestro Padrino, permitirme finalizar con tres consejos que considero vitales para la supervivencia y excelencia profesional:

1. Necesidad de una formación permanente: Nunca abandonéis el anhelo de aprender. La "siembra de esperanza" requiere herramientas cada vez más precisas. Mi propia trayectoria me llevó desde la psiquiatría biológica hacia el humanismo, pasando por el psicoanálisis y, finalmente, tras la jubilación, hacia la logoterapia de Viktor Frankl. El conocimiento es un horizonte que siempre se desplaza.
2. Necesidad de ser creativos: Pensar en nuevos y productivos caminos en vuestra labor clínica. Al acercarse a un usuario, intentar seguir la máxima de Wilfred Bion: acudir "sin memoria ni deseo". Esto no significa amnesia, sino la capacidad de presentarse ante el otro libre de prejuicios y de expectativas preconcebidas que limiten el potencial terapéutico.
3. La salvaguarda de la salud mental propia: Finalmente, como psiquiatra, os ruego: cuidad vuestra salud mental. Desde esta posición, el análisis personal y la supervisión no son opciones, son necesidades. Pasar por el rol de paciente o usuario nos dota de una humildad y una comprensión del sufrimiento que ningún libro puede otorgar. No puedes dar lo que no tienes; cultiva tu equilibrio interior para ser el guía que otros necesitan.

Y termino.

En mi época de profesor de esta Universidad aprendí algo que ha sido el faro en mi vida: la excelencia sin valores es vacía. Por esto, para esta Universidad la excelencia es la síntesis de competencia, conciencia y compromiso; es la síntesis de ser el mejor profesional posible y ser la mejor persona para el mundo.

Queridos graduados, el camino que hoy iniciáis es complejo, pero es, sin

## DISCURSO DE GRADUACIONES 2025/2026

duda, uno de los más nobles que el ser humano puede transitar. Salid ahí fuera y sed, con rigor científico y calidez humana, auténticos sembradores de esperanza.

Gaudeamus igitur. ¡Alegrémonos!

Muchas gracias.

23 de mayo de 2026 | Universidad Pontificia Comillas